

Históricas Digital

Mercedes de la Garza

“Vívido intérprete de la voz indígena”

p. 221-230

*In Ihiyo, in Ilahtol. Su aliento, su palabra.
Homenaje a Miguel León-Portilla*

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

El Colegio Nacional

Instituto Nacional de Antropología e Historia

1997

366 p.

ISBN 968-36-5957-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/in_ihiyo/334.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



VÍVIDO INTÉRPRETE DE LA VOZ INDÍGENA¹

MERCEDES DE LA GARZA

El historiador es quien, como el profeta Ezequiel, infunde la vida a los “huesos” muertos del pasado, dice León-Portilla. Las fuentes provenientes de pueblos tan distantes de nosotros como los indígenas, sobre todo los vestigios materiales, no dicen nada por sí mismas, aunque sean minuciosamente descritas, si no llega aquel que las intente comprender, desentrañar su significado, interpretarlas, para hacer vivir de nuevo a los hombres que las crearon. Y ciertamente, la interpretación sitúa los vestigios del pasado en el todo armónico de una cultura, poniéndolos en el contexto que resulta del análisis comparativo de los datos provenientes de distintas fuentes, y también integrando los aportes de los múltiples estudiosos de diversas disciplinas, que han hecho su propio esfuerzo hermenéutico. Así se hace la historia.

Adentrarse en el ser de una cultura —afirma León-Portilla— supone siempre difícil pero remunerador esfuerzo. Como conjunto de creaciones del hombre, las realidades todas de una cultura convergen y se traducen en formas específicas de existir y a la par originan un universo de símbolos y significaciones. Así, para conocer lo humano, lo ajeno y lo propio, con todos sus logros, fracasos, angustias y esperanzas, nada hay más atrayente que el ancho campo de la historia y la antropología culturales.²

Y la labor del historiador, para León-Portilla, implica el oficio de rastreador, para revelar vestigios, aspectos, significaciones del ser cultural de un pueblo. No se pueden realizar visiones panorámicas de una cultura sin los aportes de aquellos que han desenterrado un trozo de cerámica, una escultura, o los que han hurgado en los viejos libros de pinturas y jeroglíficos para encontrar significaciones.³

¹ Una parte de este trabajo fue publicada en el *Boletín Filosofía y Letras*, núm. 7, noviembre/diciembre de 1995, con motivo de la entrega de la medalla Belisario Domínguez 1995 a Miguel León-Portilla.

² Miguel León-Portilla, *Toltecáyotl, aspectos de la cultura náhuatl*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, p. 7.

³ *Ibidem*, p. 8.

Es así frecuente que aquello que se ofrece como resultado de las propias pesquisas quede abierto a nuevos enriquecimientos, corregible, perfeccionable, al modo de un ensayo. Sale a la luz el fruto de un esfuerzo. No piensa el autor haber alcanzado una total comprensión del asunto, sabe que es un intento por conocer: hace entrega de un *ensayo*.⁴

Estas ideas de la ciencia histórica han animado la obra de Miguel León-Portilla, quien se incluye entre los “rastreadores” de los ricos y extraordinarios vestigios de la cultura que floreció en el México prehispánico, y esa obra ha llegado a constituir ejemplo y guía para quienes se acerquen, con un verdadero afán de penetración y comprensión, a las culturas indígenas mesoamericanas.

Dice Clementina Díaz y de Ovando que Miguel León-Portilla de niño fue inquieto, inteligentísimo, vivaz, alegre y creativo⁵, y éstas son condiciones caracterológicas que ha conservado hasta hoy y que se manifiestan también en su obra, que es uno de los pilares del reconocimiento y la reivindicación de los indígenas de México.

Él mismo relata (en una entrevista que concedió para el libro en homenaje suyo que publicó la Universidad Nacional Autónoma de México), cómo desde la filosofía llegó al mundo náhuatl, a través de su literatura: cuando realizaba su tesis de Maestría en Filosofía sobre Henri Bergson, en California, cayeron en sus manos traducciones de textos nahuas antiguos, realizadas por Ángel María Garibay, que despertaron su vocación de intérprete de la palabra de nuestros antepasados indígenas. “Esas traducciones fueron para mí como una revelación”, asienta, pues “en los textos traducidos por Garibay había expresiones de gran hondura, planteamientos que pueden interesar a cualquier filósofo de la cultura”.⁶ En seguida escribió a su tío, el antropólogo Manuel Gamio, comunicándole su interés por los textos nahuas, y éste lo remitió con Garibay, cuya respuesta fue: “Lo primero que tiene usted que hacer es estudiar náhuatl.” Así, el eminente filólogo mexicano Ángel María Garibay se convirtió en el maestro de Miguel León-Portilla, quien habría de seguir pronto su propio camino en el conocimiento y comprensión de los antiguos nahuas.

El sitio de Miguel León-Portilla en el mundo cultural de México es excepcional por haber puesto sobre las creaciones de los nahuas prehispánicos, particularmente sus textos, una mirada nueva y tan profunda, que con ella les permitió recobrar su dignidad, perdida desde la imposición del pensamiento occidental con la conquista española.

A partir de su sólida formación como filósofo y de la sabia enseñanza de su maestro Ángel María Garibay, León-Portilla se internó en el estudio de la lengua y los antiguos textos de los nahuas, revalorando su

⁴ *Ibidem*.

⁵ Miguel León-Portilla. *Imagen y obra escogida*, México, UNAM, 1984; p. 24.

⁶ *Ibidem*, p. 9.

pensamiento, su visión peculiar del mundo y de la vida. Los textos que analiza son los recogidos por frailes españoles y los elaborados por los propios indígenas en los primeros años de la Colonia, la mayor parte de ellos escritos en náhuatl.

En la entrevista antes mencionada, asienta:

A mí me ha interesado ser portador de la palabra de un pueblo [...] Tuve yo el privilegio de ser portador de la imagen que nos dejaron los vencidos, los antiguos mexicanos.⁷

Pero aunque él se considera sólo portador de la voz de los antiguos nahuas, los textos que de aquéllos se conservan no revelan por sí mismos su mensaje, sino que ha sido gracias a su peculiar inteligencia y sensibilidad, a su profundo conocimiento filosófico, que esos textos antiguos han cobrado su real significación.

Con singular penetración, León-Portilla ha mostrado que los antiguos indígenas no sólo fueron capaces de construir esas grandiosas ciudades que hoy vemos en ruinas y que despiertan el asombro y la admiración de hombres de todas las naciones del mundo, sino que también tuvieron una extraordinaria capacidad poética y racional, a la altura de la de los pueblos cultos del mundo occidental.

En su primera obra, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes* (1956), León-Portilla corrobora, analizando antiguos escritos míticos y poéticos, que los nahuas llegaron a plantearse los mismos problemas universales que se plantearon los filósofos griegos, iniciadores de la filosofía occidental, como por ejemplo, qué es el mundo, qué es el hombre, qué son los poderes que lo trascienden y cuál es el sentido de la vida humana sobre la tierra y de la muerte. Su pensamiento se puede considerar, por ello, filosófico, aunque se exprese en un complejo y peculiar lenguaje mítico, del mismo modo que varios filósofos griegos, particularmente los presocráticos y Platón, comunicaron sus ideas a través de mitos.

Es ésta una nueva visión de esas expresiones literarias antiguas de los indígenas, que sólo habían sido consideradas de manera parcial. Como dice Bonifaz Nuño, “nadie había tratado, hasta entonces, de buscar en tales creaciones la unidad indudable, los cimientos humanos en los cuales, de manera necesaria, tuvieron que sustentarse”.⁸

Y además, Miguel León-Portilla destaca que los nahuas no sólo se cuestionaron filosóficamente, sino que tuvieron una visión estética del mundo, ya que expresaron sus ideas en símbolos y metáforas de gran belleza literaria. Muestra, con su fiel traducción de la palabra indígena, que en el mundo náhuatl el arte fue una vía de conocimiento. Él mismo asevera:

⁷ *Ibidem*, p. 11.

⁸ *Ibidem*, p. 22.

Cuando se me reveló el conocimiento indígena de metáforas, de flores y cantos, es decir, la visión náhuatl del mundo como arte, como metáfora, encontré un camino de pensamiento que había florecido en Mesoamérica... Una visión estética del mundo a partir del símbolo y las metáforas indígenas... como camino de conocimiento...⁹

Así su labor, que sitúa la palabra escrita de los indígenas a la altura del pensamiento filosófico y de la literatura occidentales, tiene analogías con la aportación de Justino Fernández, que consistió en demostrar que el arte plástico indígena, con su notable peculiaridad, está a la altura del gran arte de la cultura occidental, pues aunque sus valores plásticos y significativos son diferentes, no son menos artísticos.

La interpretación de los textos en su lengua original, que León-Portilla ha realizado, constituye un nuevo modo de descifrar el sentido oculto de los símbolos. No es mera especulación, sino resultado de una hermenéutica profunda, de una mirada filosófica que penetra en el mensaje de la literatura náhuatl y comprende su intrínseca significación. Con ello, el historiador ha situado las obras escritas que dejaron los grupos nahuas entre las creaciones culturales más importantes del mundo antiguo, reivindicando a los indígenas de nuestro país, olvidados y repudiados a raíz del sometimiento colonial.

También fue novedoso el método creado por León-Portilla, que no consiste en la mera presentación de los datos, ni en hacer especulaciones infundadas acerca de las creencias indígenas, sino en realizar un análisis cuidadoso y detallado de los documentos que se consideran los más confiables, dejándolos hablar a ellos mismos, traduciendo la manera de conceptualizar propia de los indígenas, sin acudir a modelos ajenos para explicar lo prehispánico, como se había hecho antes.

Es aquí pertinente recordar las palabras que sobre *La filosofía náhuatl* dijo el reconocido escritor Agustín Yáñez:

Ficha sobresaliente no sólo de la bibliografía mexicana por la investigación acuciosa que la enriquece, por el espíritu de método que la rige, por el aliento interpretativo que la desenvuelve, confiriéndole universalidad en la medida que ahonda en lo autóctono las preocupaciones ineluctables del hombre, cualesquiera que sean su tiempo y circunstancias, o las formas que asuma su representación, tanto más valiosas cuanto diferentes, al fin unificadas bajo denominadores radicales: imagen del universo, ideas metafísicas y teológicas, origen y destino del hombre, sentido de la existencia y formas adecuadas de vida. Precisamente son éstos los enunciados que sirven de categorías al doctor León-Portilla para estudiar y fijar el pensamiento filosófico náhuatl.¹⁰

⁹ *Ibidem*, p. 10.

¹⁰ *Ibidem*, p. 19.

Con el enfoque y el método creados por Miguel León-Portilla, en esa su primera y fundamental obra; con su radical convicción de que a través del análisis de la lengua se puede penetrar al pensamiento indígena y desentrañar sus significados más profundos, a su juicio filosóficos, abrió un importante cauce de conocimiento y comprensión de todas las demás creaciones de los antiguos indígenas: sus ciudades, sus obras plásticas, sus sepulturas.

Éste fue el camino que León-Portilla inició para la comprensión de las culturas indígenas, las cuales constituyen uno de los fundamentos de nuestra identidad nacional, por lo que el principal destinatario de su obra es, como dice Rubén Bonifaz Nuño, “ese mexicano incrédulo de lo suyo, desconfiado de sí, que niega lo indio acaso porque su sangre es de indio”. Así, gracias a León-Portilla, “el pensamiento ha suplido a la burla, y en lo profundo de la conciencia, ha cobrado sus propios fulgores renovados el orgullo de lo que se ha sido y se es”.¹¹

Por todo lo anterior, podemos decir que tanto aquellos hombres de los principios de la Colonia, entre los que destaca fray Bernardino de Sahagún, quien recogió amorosamente el pensamiento náhuatl en textos escritos por los propios indígenas, como Miguel León-Portilla, que ha hecho resurgir ese pensamiento con su humilde y a la vez luminosa y profunda traducción y comprensión de esos antiguos textos, nos han dado a los mexicanos de hoy la revelación de ese antiguo pensamiento indígena, de esa visión extraordinaria del mundo, el hombre y los dioses que tuvieron los sabios nahuas y que, de algún modo, de forma oculta e inconsciente, subyace en nuestro ser histórico.

Con su obra, Miguel León-Portilla ha contribuido de una manera sustancial, no sólo al rompimiento de un arraigado eurocentrismo que consideraba que no había más filosofía ni más arte que los occidentales, sino que además, al mismo tiempo que redignifica el pensamiento indígena, enriquece a la propia historia de la filosofía, añadiendo a ella el pensamiento de los indígenas mesoamericanos prehispánicos, el cual se expresa tanto en esos textos, rescatados en los primeros años de la Colonia, como en sus extraordinarias obras plásticas, que sólo adquieren su completa significación a través de la palabra escrita por los propios indígenas.

Desde la postura y el método iniciados en *La filosofía náhuatl*, Miguel León-Portilla ha desarrollado una amplia labor de investigación, plasmada en más de veinticinco libros, reconocidos a nivel internacional y traducidos a varios idiomas. Entre ellos se pueden mencionar: *Visión de los vencidos*, *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, *El reverso de la conquista*, *Trece poetas del mundo azteca*, *Tiempo y realidad en el pensamiento maya*, *México-Tenochtitlan, su espacio y tiempo sagrados*, *Toltecáyotl, aspectos de la cultura náhuatl*, *Literaturas indígenas de México* y *El destino de la palabra*. De este modo, a él debemos, principalmente, la

¹¹ *Ibidem*, p. 21.

transmisión de los valores indígenas mexicanos a diversas partes del mundo.

Uno de sus temas principales son las concepciones indígenas del tiempo y el espacio; el tema es tratado en *La filosofía náhuatl* y en otros libros, como la *Toltecáyotl*, pero también en obras específicamente dedicadas a esas ideas, como *México-Tenochtitlan, su espacio y tiempo sagrados* y *Tiempo y realidad en el pensamiento maya*, trabajo éste en el que León-Portilla se interna en el pensamiento de otro pueblo mesoamericano.

Además de lo que hemos destacado acerca de *La filosofía náhuatl*, su primera y trascendental obra, mencionaremos aquí, por nuestro particular interés, tanto en el tema como en la cultura que se estudia, algunos aspectos de su libro *Tiempo y realidad en el pensamiento maya*, en el que León-Portilla se aparta de su oficio de “rastreador” y de “intérprete de la palabra náhuatl”, para acercarse a la comprensión de la concepción maya del tiempo, con base en diversos trabajos realizados por mayistas.

Abocarse al estudio de los conceptos de tiempo y espacio en los grupos indígenas mesoamericanos, lleva irremediablemente al mundo maya, ya que ese pueblo destaca entre todas las culturas de la antigüedad por su excepcional conciencia y preocupación por el tiempo (tanto el cósmico como el humano, que es la historia), y por su visión del espacio como algo eternamente dinámico; es decir, por su concepción del tiempo espacial y el espacio temporal.

Apoyado en estudios de mayistas tan profundos como J. Eric S. Thompson, León-Portilla publica en 1968 esta obra sobre el pensamiento maya, donde nos presenta una visión de conjunto de las principales ideas sobre el tiempo entre los mayas. Eric Thompson, defensor de este tipo de trabajos de comprensión amplia, dice al autor en su prólogo a la obra:

Valientemente combate usted contra una de las más grandes deficiencias de la investigación moderna, o sea, contra la tendencia de saber cada vez más y más acerca de menos y menos.¹²

Añadiríamos que León-Portilla combate en esta obra ese extremo de la ultraespecialización, que es tan vicioso como el de hacer generalizaciones abstractas sin fundamento en los datos de las fuentes y forzando a la realidad a ajustarse a ideas y esquemas preconcebidos.

Ante el pesimismo que Thompson expresa en el prólogo, de nunca poder alcanzar la comprensión del pensamiento maya, de nunca poder cruzar la “quebrada” que nos separa de aquellos hombres, aunque —añade— tal vez León-Portilla logre en sus estudios nahuas encontrar algún sendero para llegar a la otra orilla, éste le responde que,

¹² *Tiempo y realidad en el pensamiento maya*, 3a. ed., México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1994, p. 7.

...quien pone al descubierto la raíz de los problemas inherentes a todo proceso de comprensión histórica y antropológica, habla también de la posibilidad de “algún sinuoso sendero para transponer la quebrada y alcanzar la otra orilla”. Y de hecho, nos muestra él con sus obras que, a sabiendas de la inescapable limitación propia, no es estéril ensayar algunas formas de acercamiento.¹³

Y León-Portilla sabe que es fundamentalmente en el análisis de los diversos testimonios *de los propios indígenas*, procedentes de distintas épocas, donde está el posible sendero que permita acercarse a la significación que tuvo para los mayas el tiempo, ya que esos testimonios revelan, en primera instancia, que el interés maya por el tiempo nunca desapareció. Ello es evidente desde el momento de la erección de las primeras estelas en el periodo Clásico temprano hasta la actualidad, ya que,

...no pocos rasgos, al parecer esenciales en la concepción prehispánica maya del espacio y el tiempo, subsisten entre grupos contemporáneos pertenecientes a esa misma familia.¹⁴

Así, busca el denominador común subyacente, y encuentra que, por lo menos, los mitos y las prácticas rituales siempre están relacionados con el calendario y la preocupación cronológica. Más adelante, la investigación epigráfica demostrará que también la historiografía maya, desarrollada desde el periodo Clásico, siempre parece haber estado vinculada con la cronología y el registro de los movimientos astrales.

El libro no pretendió añadir algo nuevo al conocimiento de los cómputos calendáricos y las predicciones de carácter astrológico, sino preguntarse, a partir de todos esos estudios,

...¿qué significación tuvo el tiempo para la conciencia maya en el contexto de su mitología, su pensamiento y, en resumen, en la visión integral del mundo que llegó a desarrollar su cultura?¹⁵

Y eso sí fue novedoso en el campo de la investigación mayista. Su afán por escuchar lo que los indígenas dijeron, en sus propias categorías, lo lleva a analizar diversos términos en lenguas mayances, y así halla en la palabra *Kinh*, Sol-día-tiempo, el concepto que equivale a nuestra categoría de tiempo, y muestra cómo los mayas entendían por “tiempo” la totalidad de los ciclos del Sol. Asimismo, pone de manifiesto cómo el ciclo solar fue el fundamento de su cosmogonía y de su cosmología, es decir, de sus concepciones sobre el origen y sobre la estructura del universo.

Después de hacer una síntesis de los afanes cronológicos de los mayas, y de analizar las expresiones y símbolos mayas del tiempo, destaca cómo

¹³ *Ibidem*, p. 13.

¹⁴ *Ibidem*, p. 14.

¹⁵ *Ibidem*, p. 11.

la concepción del tiempo en ese pueblo se inscribe en el ámbito de la religión, pues el tiempo se concibió como un atributo de los dioses. El tiempo existe por obra de la deidad solar, que se manifiesta con múltiples rostros.

También analiza los conceptos mayas de espacio, o sea, su cosmología, destacando el aspecto de la cuadruplicidad, que es esencial en el pensamiento maya sobre la estructura del cosmos. Muestra cómo en las obras plásticas, los códices prehispánicos y los textos indígenas de los primeros años de la Colonia se revela claramente la idea de la cuadruplicidad del cosmos, de los cuatro rumbos.

Y en el último capítulo, titulado “El hombre maya en el universo de *kinh*”, hace una conclusión de sus indagaciones, afirmando que su búsqueda atendió en primer lugar a la lingüística y, con base en estudios comparativos de las lenguas mayances,

... pudimos encontrar una voz, que por tener cognados o términos afines en la totalidad de los idiomas de esta familia, muestra ser una de las que formaron parte del más antiguo caudal del proto-idioma original. Este vocablo... es *kinh* con las connotaciones de sol, día, tiempo, constantes e idénticas en todas las lenguas de esta familia.¹⁶

Destaca que, al mismo tiempo, *kinh* es una deidad primordial, que hace el día, el calor, recorre todos los estratos del cosmos y la suma de sus ciclos “es precisamente el principio y la esencia de los periodos de tiempo”.¹⁷

La conciencia de la temporalidad permeó la vida íntegra de los mayas. En el arte de medir el tiempo, dice León-Portilla,

Encontraron su norma la economía de la vida cotidiana, el saber astrológico, los ciclos de fiestas con sus ritos y sacrificios, el culto a los dioses, el meollo de la simbología presente en el arte, y por encima de todo, la *cronovisión* de los sabios, la concepción integral de un universo en que lo espacial, lo viviente y lo humano derivan su ser de la atmósfera siempre cambiante de *kinh*, el tiempo cíclico, suma de rostros de la divinidad.¹⁸

Así, en este fecundo acercamiento interpretativo al complejo y enorme caudal de expresiones mayas sobre las ideas acerca del tiempo-espacio, León-Portilla encuentra la esencial importancia que tuvo el Sol en su pensamiento, concebido como manifestación por excelencia de lo sagrado.

Para la última edición de *Tiempo y realidad en el pensamiento maya* (1994), León-Portilla escribió un apéndice donde resume “Nuevas interpretaciones sobre el tema de este libro”. En él responde a los comentarios

¹⁶ *Ibidem*, p. 97.

¹⁷ *Ibidem*, p. 98.

¹⁸ *Ibidem*, p. 109.

hechos a la obra y añade nuevas ideas sobre el tema del tiempo y el espacio en trabajos de diversos estudiosos, mostrando cómo las ideas centrales de su obra pueden seguir siendo mantenidas hoy día, pues no han sido contradichas por las investigaciones más serias y fundamentadas sobre el tema.

Sobre todo analiza las discrepancias en torno a las ideas mayas sobre los cuatro “rumbos” del universo, que parecen corresponder con los cuatro puntos cardinales, según algunos, mientras que otros argumentan que los mayas no tomaron en cuenta el norte y el sur, sino que a los rumbos oriente y poniente, que fueron los principales, por la esencial importancia de la trayectoria solar para ellos (en lo cual estamos todos de acuerdo) habría que añadir el cenit y el nadir, como los otros dos rumbos.

León-Portilla muestra que si en el ámbito celeste las que Villa Rojas llamó “esquinas del cielo”¹⁹ parecen ajustarse a las posiciones de los solsticios, de ello no se sigue que su idea de la superficie terrestre elimine los puntos norte y sur, a los que se describe en las fuentes escritas como los rumbos que están a la derecha del camino solar (norte) y a la izquierda del camino solar (sur). Para reforzar su interpretación apela a varios textos indígenas que hablan de los cuatro ángulos de la tierra y los cuatro ángulos del cielo, como el *Popol Vuh*, y a las concepciones nahuas, que siempre están tan cercanas a las mayas. Asienta:

La realidad de lo sagrado en verdad permeaba el camino del Sol, los rumbos todos de los cielos y la tierra. Prescindir de esto equivaldría a pretender reducir la inevitable necesidad de referirse al norte y al sur, a sólo fines utilitarios, como sería el deslinde de tierras o para las rutas en las salidas de los comerciantes o guerreros.²⁰

Y para su fortuna, estando ya casi por imprimirse el libro, Richard E. W. Adams descubrió en Río Azul, Petén, la famosa tumba 12 del Clásico temprano, que confirma la interpretación de León-Portilla, y la de muchos otros mayistas, de la trascendente significación religiosa de los cuatro puntos cardinales para los mayas. El autor cita a Adams, quien dice:

En las finalmente aplanadas paredes de la tumba aparecen los signos correspondientes al oriente, sur, poniente y norte. Aunque los significados de estos jeroglíficos se han conocido ya por más de un siglo, nuestro descubrimiento marcó la primera vez que se encontraron en su propio contexto natural, ya que su presencia en la Tumba 12 corresponde correctamente a las direcciones reales.²¹

¹⁹ El Apéndice I de este libro es precisamente el trabajo “Los conceptos de espacio y tiempo entre los grupos mayances contemporáneos”, de Alfonso Villa Rojas.

²⁰ *Ibidem*, p. 202.

²¹ Richard E. W. Adams, “Río Azul”, en *National Geographic Magazine*, Washington, D. C., abril, 1968, v. 169, p. 441-442. Citado por León-Portilla, *Tiempo y realidad...*, p. 205.

En irónica, pero cordialmente, forma expresiva que es parte del estilo verbal y escrito, de León-Portilla, éste concluye:

Lejos de haber pintado el glifo del norte en el techo de la tumba para indicar la dirección del zenit, o de haber trazado el glifo del sur en el suelo de la misma tumba para apuntar hacia el supuesto nadir, los signos jeroglíficos del norte y del sur —al igual que los del oriente y el poniente— corresponden a las direcciones o rumbos reales, a los que se orientan de hecho las cuatro paredes de la tumba. ¿Se quiere todavía alguna otra forma de evidencia de que a los mayas les interesaban realmente los cuatro rumbos o sectores del mundo?²²

Desde su original postura ante las culturas indígenas mesoamericanas, Miguel León-Portilla ha formado a varios nahuatlato, tanto mexicanos como extranjeros, que, a partir de la sólida base de conocimiento creada por él, han seguido diversos caminos de acercamiento a la cultura náhuatl, así como a historiadores que han enfocado su atención en otros grupos indígenas de México.

Y León-Portilla, además de hacer vivir de nuevo el pensamiento de los nahuas antiguos, expresado en la palabra escrita, ha exaltado el valor propio de los pueblos indígenas actuales, sobrevivientes de aquellos grandes hombres. Luchando en contra de la discriminación del indígena que viene desde la Colonia, León-Portilla ha pugnado por despertar la conciencia de que ellos tienen el derecho inalienable de mantener vivas sus lenguas y sus culturas, el derecho a ser ellos mismos, con su propia identidad.

Actualmente, con varios investigadores de México y de Francia, con indígenas hablantes del náhuatl, así como con sus alumnos del Seminario de Cultura Náhuatl, del posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, continúa trabajando en la traducción y análisis de importantes obras indígenas coloniales, y mantiene estrecho contacto con grupos de lengua náhuatl de Guerrero, Veracruz, Tlaxcala, Puebla y el Distrito Federal, particularmente con los de Milpa Alta. Uno de esos indígenas, Librado Silva Galeana, ahora destacado discípulo y colaborador de Miguel León-Portilla, dice sobre la labor de su maestro: “es la obra amorosa de un hombre que ha dedicado su vida al esclarecimiento y explicación de nuestras raíces ancestrales”.²³

Y sobre ese acercamiento a los indígenas de hoy, que ha permitido que ellos colaboren activamente en su trabajo de investigación, León-Portilla afirma: “sólo queremos convencerlos del gran valor de su lengua y su cultura”.²⁴

²² *Ibidem*, p. 206.

²³ Miguel León-Portilla. *Imagen y obra escogida*, p. 29.

²⁴ “Semblanza de Miguel León-Portilla”, *Gaceta UNAM*, noviembre de 1994.